

CÓMO MUEREN LAS DEMOCRACIAS

Con la caída del Muro de Berlín y el colapso del socialismo real, parecía que la democracia iba a sentar sus reales en el mundo, excepto en las rémoras conocidas: Cuba, China, Norcorea, Vietnam y en dictaduras pintorescas y nefastas. En América Latina los gobiernos elegidos habían desplazado a los militares. La mayoría de la gente se decía satisfecha en su régimen de vida, no sin criticar a los políticos. Pero...

Treinta años después varios países han pasado de gobiernos elegidos a gobiernos autoritarios, autocracias y dictaduras. Dejo al lector definirlos. En otros de sólidas tradiciones democráticas la ciudadanía se dice insatisfecha.

¿A qué se deben estos cambios? Una de las causas, o tal vez consecuencia, es la irrupción del populismo. En deQuólibet 18 2020 se trató de este fenómeno elusivo. Hay otros factores que propician el deterioro de la democracia: son el caldo de cultivo de liderazgos populistas sin lo cual estos no prosperarían. Publicamos un elenco de estos factores, de forma que quien esto lea identifique los que a su juicio son atingentes, deseche unos y agregue otros.

Se formulará, en fin, la pregunta: ¿qué hacer?, cuando la democracia está en fase de descomposición, o está amenazada, o está en vías de transformarse en populismo autócrata, o está en la neblina... [F. Q]



Cómo mueren las democracias (Santiago de Chile: Planeta, 2018) es el título de un libro muy vendido de Steven Levitsky y Daniel Ziblatt. A propósito de la democracia en varios países, antes y ahora, particularmente en Estados Unidos, formulan esta cuestión:

«Así es como solemos creer que mueren las democracias: a manos de hombres armados. Durante la Guerra Fría, golpes de Estado provocaron el colapso de tres de cada cuatro democracias caídas. [...] Sin embargo, existe otra manera de hacer quebrar una democracia, un modo menos dramático pero igual de destructivo. Las democracias pueden fracasar a manos no ya de generales, sino de líderes electos, de presidentes o primeros ministros que subvierten el proceso mismo que los condujo al poder». (11)

¿Cómo sucede esto? Personas, países, circunstancias, hechos varían naturalmente. Pero

hay también una convergencia sorprendente de factores que provocan el deterioro de un régimen democrático.

Los autores señalan en la Introducción cuatro criterios para detectar un posible colapso de la democracia, no por golpes espectaculares, sino una por suerte de corrosión interna:

1. Cuando los partidos políticos admiten en sus filas a demagogos extremistas que se convierten en autócratas cuando acceden al poder.

2. Cuando políticos autoritarios debilitan la constitución, reescriben las leyes y controlan las instituciones para someterlas a su poder.

3. Cuando se vulneran normas no escritas de conducta, dos en particular en Estados Unidos: la tolerancia mutua o acuerdo de aceptarse entre rivales como adversarios legítimos; y la contención institucional para no doblegar al adversario aun pudiendo hacerlo con medios legítimos.

Quodlibet: lo que place o gusta. Es un vocablo que se usaba en las discusiones filosóficas y teológicas medievales para designar un tema cualquiera. **Quaestio de quolibet** es una cuestión por discutir sobre un tema de libre elección. El vocablo se usa en música para designar piezas ligeras compuestas en contrapunto, como la Variación 30 de las Goldberg de J. S. Bach. Designa también composiciones de cantos infantiles para enseñar música a niños y niñas. Lo usamos como nombre de este boletín para subrayar que es un espacio de lectura libre, por puro gusto.

Editor: Francisco Quijano, Avenida Apoquindo 8600 - Las Condes - Santiago de Chile - Correo: f.quijano@op.org

4. Cuando se fomenta la polarización extrema entre partidos políticos y en la sociedad, lo cual deriva en conflictos de carácter existencial, racial, cultural, religioso.

Con estos criterios y otros que señalan después, Levitsky y Ziblatt someten a prueba la democracia en Estados Unidos y varios países.

Alianzas fatídicas, es el título del primer capítulo que sigue la pauta de la introducción: presenta cuatro criterios para detectar a líderes que son autócratas o dictadores en ciernes.

Antes de aplicar la prueba, repasan el caso de algunos que accedieron al poder por vías constitucionales y democráticas para convertirse en dictadores o autócratas. Son nombres conocidos: Benito Mussolini (1922), Adolf Hitler (1933), Juan Domingo Perón (1946), Ferdinand Marcos (1972), Alberto Fujimori (1990), Hugo Chávez (1994), Viktor Orbán (2010), Recep Tayyip Erdoğan (2016) y otros.

Cuatro son los criterios de la prueba con sus indicadores:

1. Rechazar o aceptar débilmente las reglas democráticas: si estos líderes ponen en duda la constitución o no quieren acatarla, si cuestionan las elecciones o no aceptan resultados adversos, si pretenden restringir los derechos políticos o amenazan a las organizaciones civiles, etc.

2. Negar legitimidad a los adversarios políticos: si denigran a los rivales o declaran que son subversivos, que amenazan la seguridad o son aliados de gobiernos extranjeros, etc.

3. Tolerar o fomentar la violencia: si se vinculan con grupos violentos o patrocinan linchamientos contra sus adversarios, si solapan la violencia de sus partidarios, callan ante la violencia en otras partes o la elogian, etc.

4. Restringir las libertades civiles y políticas: si amenazan a personas e instituciones que los critican, si buscan controlar el derecho a votar, si desacreditan o presionan a los medios de comunicación, si aceptan medidas represivas de otros gobiernos, etc.

La gran abdicación republicana (c. 3) es la aplicación de la prueba a Donald Trump cuando era apenas candidato a la presidencia de la república. Se muestra que da positivo en los cuatro criterios de la prueba (76-80).

Tras las elecciones del 3 de noviembre de 2020, la certificación del colegio electoral el 6 de enero de 2021 y el juicio político del 13 de febrero, queda confirmado que la prueba de autoritarismo da positivo en el caso de Mister Trump.

No solo él da positivo, otros políticos propensos al autoritarismo lo manifiestan en varios síntomas: «¿Qué tipo de candidatos suelen dar positivo en una prueba de papel tornasol para detectar el autoritarismo? Con frecuencia, los candidatos populistas externos al sistema. Los populistas suelen ser políticos antisistema, figuras que afirman representar la voz del “pueblo” y que libran una guerra contra lo que describen como una élite corrupta y conspiradora. Los populistas tienden a negar la legitimidad de los partidos establecidos, a quienes atacan tildándolos de antidemocráticos o incluso antipatrióticos. Les dicen a los votantes que el sistema existente en realidad no es una democracia, sino que ésta ha sido secuestrada, está corrupta o manipulada por la élite. Y les prometen enterrar a esa élite y reintegrar el poder “al pueblo”. Este discurso debe tomarse en serio. Cuando líderes populistas ganan las elecciones, suelen asaltar las instituciones democráticas». (32-33)

La subversión de la democracia (c. 4) trata de cómo los líderes autoritarios, una vez que acceden al poder por cauces democráticos y valiéndose de medios institucionales, pueden socavar por completo la democracia e instaurar una dictadura, un régimen autócrata o un gobierno autoritario.

¿Cómo sucede esto? Los autores presentan varios ejemplos: Hugo Chávez, Rafael Correa, Recep Tayyip Erdoğan, Viktor Orbán, Vladimir Putin. Tomo uno: Alberto Fujimori.

Fue elegido presidente del Perú el año 1990 en condiciones de hiperinflación, violencia extrema de Sendero Luminoso, descrédito de los partidos, corrupción, narcotráfico y otros ingredientes del caldo de cultivo del populismo. Fujimori encontró en el congreso y los jueces resistencia a sus leyes y decretos de gobierno. En vez de seguir procedimientos democráticos que requieren diálogo y acuerdos, descalificó al congreso y a los jueces, y procedió por decretos ejecutivos. Arremetió contra la Constitución por rígida y descalificó la

democracia existente, denunció que el país había sido gobernado por minorías y oligopolios, grupos de presión y camarillas. Finalmente, el 5 de abril de 1992 disolvió el Congreso y anuló la Constitución para gobernar como autócrata.

¿Cómo se logra esto? Al derogar o reescribir la constitución y las leyes, subordinar o embaucar al poder legislativo, colonizar y someter los órganos jurisdiccionales, cooptar los organismos autónomos, reconfigurar la geografía electoral, todo ello a favor de quien ejerce un poder autócrata.

Los autores mencionan a México una vez, a propósito del reclamo que hizo el actual presidente de que le robaron la elección en 2006. Extraño, porque México tuvo una larga y consolidada distorsión de la democracia en la época del partido hegemónico de 1929 a 2000, con una interrupción de 2000 a 2012, para volver de 2012 a 2018. El historiador Enrique Krauze llamó a esa época “presidencia imperial”. En 2018 ya se podía avizorar que uno de los candidatos a la presidencia podría restaurar el *ancien régime à la mexicaine*. Lo cual está sucediendo.

Los capítulos 5 y 6 tratan de las **reglas no escritas de la democracia** en Estados Unidos: la tolerancia mutua y la contención institucional.

Tolerancia mutua: entre adversarios políticos, pese a desacuerdos que los dividen, a pugnas y conflictos, se reconocen unos y otros como contendiente legítimos, ciudadanos patrióticos y decentes, con los mismos derechos y oportunidades de gobernar. Esta norma surgió a raíz de la pugna entre los federalistas John Adams y Alexander Hamilton y los republicanos Thomas Jefferson y James Madison en los años 1780 y 1790. Ha resistido muchas presiones a lo largo de la historia debido a polarizaciones. Ahora está otra vez en peligro.

Contención institucional: consiste en ejercer el poder —sea el ejecutivo o el legislativo— sin usar en forma desmedida prerrogativas legítimas

conforme a la ley para doblegar al adversario. Esta norma se vulnera cuando el poder legislativo adopta políticas de obstrucción al ejecutivo, y cuando este abusa de las órdenes ejecutivas para esquivar al congreso. Ambos abusos ocurrieron durante el gobierno de Barack Obama. El asunto no está resuelto: la tensión puede volver con el nuevo gobierno a pesar de que cuenta con mayoría en ambas cámaras.

Los capítulos 7 y 8 tratan de la erosión de la democracia en Estados Unidos en años recientes. Los dejo a un lado.



Cómo salvar la democracia es el último capítulo.

Presenta (noviembre 2018) tres escenarios posibles al término del gobierno de Donald Trump. Dos quedaron descartados por los hechos recientes. El tercero es lo que ha sucedido: Trump perdió la reelección, el Partido Demócrata ganó la mayoría en ambas cámaras, pero la polarización extrema

de los dos partidos y de buena parte de la población se ha acentuado. ¿Qué hacer?

Los autores toman una recomendación de Juan José Linz, politólogo germano-español, que estudió la caída de varias democracias europeas y latinoamericanas en el siglo XX: la voluntad de unirse entre grupos ideológicamente distantes pero comprometidos a salvar el orden político democrático (*The Breakdown of Democratic Regimes*, 1978).

«Construir coaliciones que vayan más allá de nuestros aliados naturales es difícil. Requiere la voluntad de aparcarse, al menos momentáneamente, temas que nos causan preocupación... Debemos ampliar nuestros horizontes, tragar saliva y hacer espinosas concesiones. Ello no implica en ningún caso abandonar las causas que defendemos, sino pasar por alto temporalmente discrepancias con el fin de hallar un terreno moral común». (253-254)

«Los dirigentes políticos tienen dos opciones frente a la polarización extrema. En primer lugar, pueden dar las divisiones sociales como algo

consumado y, sin embargo, intentar contrarrestarlas mediante la colaboración a nivel de las élites y el pactismo. Eso fue lo que hicieron los políticos chilenos» [los autores relatan las vicisitudes de la concertación]. (255)

«La alternativa a aprender a cooperar al margen de la polarización subyacente es superar tal polarización... [para lo cual habría que] concentrarse en los dos factores subyacentes a la polarización en el país: la realineación por religión y raza y la creciente desigualdad económica. Consideramos que para abordar estos fundamentos sociales es preciso remodelar los principios que defienden los partidos políticos estadounidenses». (257)

Y una conclusión que toca una cuestión crucial: el papel de la ciudadanía:

«Comparar el embrollo en el que nos encontramos en el presente con las crisis democráticas en otras regiones del mundo y en otros momentos de la historia permite inferir con claridad que Estados Unidos no es tan diferente de otros países. El sistema constitucional, pese a ser más antiguo y robusto que ningún otro en la historia, es vulnerable ante las mismas patologías que han acabado con la democracia en otros lugares. En última instancia, por ende, la democracia estadounidense depende de nosotros: los ciudadanos de Estados Unidos. Ningún dirigente político por sí solo puede poner fin a la democracia, y tampoco ningún líder político puede rescatarla sin la ciudadanía. La democracia es un asunto compartido. Su destino depende de todos nosotros». (261-266)



DETERIORO Y DESAFECTO DE LA DEMOCRACIA

por Francisco Quijano

Por lecturas, conversaciones, observaciones he identificado algunos factores que deterioran el régimen democrático y provocan insatisfacción de la gente con la democracia. Las causas, motivos, condiciones, percepciones de este deterioro son múltiples, variables, circunscritas, dependen de las circunstancias de cada país.

Cabe distinguir factores que son inducidos por distorsiones de los propios agentes políticos (contrahechuras). Otros son anejos a la falibilidad de las instituciones humanas que no son en modo alguno perfectas (debilidades, exigencias incumplidas). Ciertos factores se deben al contexto general de la democracia en la actualidad (globalización, inestabilidad). Con esta recopilación de factores cada lector podrá examinar en su circunstancia los hechos y sacar sus conclusiones (apreciación). El resultado puede ser un cortocircuito (democracia fundida).

Agrupó estos factores y situaciones bajo unos acápites en los que colgué a la mal traída y llevada democracia unos adjetivos que no se merece: 1. Democracia contrahecha. 2. Democracia endeble. 3. Democracia exigida. 4. Democracia englobada. 5. Democracia líquida. 6. Democracia sentida. 7. Democracia fundida.

Democracia contrahecha

1. El abuso más notorio que provoca mayor rechazo de todo el tinglado político es la **corrupción** de líderes sociales, políticos, empresariales, militares, sindicales, religiosos y demás (sin generalizar, por supuesto). Se piensa que en las entrañas del poder anida el virus de la corrupción.

Corruptos y corrupción hay, por supuesto, en todas partes, en toda clase de gente, en cualquier institución; es una tentación aneja a la condición humana. Su gravedad se presenta cuando se da esta combinación: poder + corrupción + impunidad. Lord Acton, un historiador inglés católico del siglo XIX, dijo una célebre sentencia: «El poder tiende a corromper, y el poder absoluto corrompe absolutamente». Así es.

2. Otra contrahechura es la **crisis de representación**, el distanciamiento de los políticos con respecto a la ciudadanía. Los partidos tienden a formar un enclave burocrático entre sus miembros, se encierran en su ideología, defienden posiciones en los estamentos de gobierno donde operan; adquieren el aura de élite ajena a la vida, vicisitudes, necesidades y demandas de la ciudadanía que pretenden representar.

3. Las distintas corrientes políticas proponen, naturalmente, políticas públicas conforme a su visión de la sociedad. Eso es normal. Lo anormal se presenta cuando las ideas se endurecen, las políticas públicas y el modo de ejecutarlas se convierten en trincheras de una lucha sin cuartel, y todo termina en **obstrucción** y **nulidad** de gobierno. Eso lo advierte mucha gente y lo repudia.

4. La pugna política normal puede derivar en **polarización extrema** acerca de concepciones de la vida y la sociedad, de los valores y del bien común. Esta es una de las peores distorsiones que enfrenta un régimen democrático en sociedades multiculturales y pluralistas. Reducir la gama de formas de pensar y actuar a dicotomías simples, atizar la división entre élites y pueblo, izquierdas y derechas, conservadores y progresistas casi siempre termina en una polarización de carácter moral, constitutiva: unos son los buenos, otros son los malos; yo, por supuesto, estoy con los buenos y “los otros” son eso “los otros”, un saco de gente a la que se le adjudica cualquier epíteto descalificador.

Estas son contrahechuras del régimen democrático y de la convivencia en la polis. De ello son responsables los propios agentes políticos, pero mucha gente se les suma a la cargada.

Democracia endeble

El régimen democrático tal como lo conocemos y vivimos hoy en día no es la democracia ateniense del siglo de Pericles, ni los inicios del parlamentarismo con la Carta Magna inglesa del siglo xiii. Es una creación colectiva de la segunda mitad del siglo xviii a la hora actual. Ernesto Ottone traza sus avatares en la primera parte de su libro, *La democracia en la neblina* (Santiago de Chile: Catalonia 2020). Vale la pena repasar esa trayectoria secular que desemboca en el Estado moderno.

Interesa señalar aquí que, estructuralmente, con todo y sus instituciones y equilibrios, con sus pesos y contrapesos, la democracia es un invento frágil. Quienes viven en su seno y aprecian este género de vida pública son capaces de desequilibrarlo y colapsarlo.

1. Una fortaleza del régimen democrático, que es también paradójicamente una fragilidad, es su **carácter deliberativo**, cuya sede es el congreso,

las cámaras, el parlamento. Allí se delibera antes de aprobar o rechazar leyes y órdenes del ejecutivo. Parlamentar: el nombre lo dice, hablar para dilucidar lo atingente de las leyes y mandatos.

Deliberar toma tiempo y hay que dárselo. Pero también se puede atascar debido a posturas inflexibles. Tiempo excesivo de deliberación y obstrucción de los acuerdos daña la democracia, retrasa o nulifica las políticas que miran a satisfacer las necesidades de la población. Eso harta a la gente.

2. El deber básico de todos los órdenes de gobierno, sin lo cual no hay convivencia o se deteriora gravemente, es **garantizar la paz**: prevenir, detectar, perseguir, acusar, juzgar y penalizar conductas criminales y delitos civiles y administrativos, y rehabilitar a los infractores. El Estado es el único agente capacitado para ejercer la fuerza pública en términos bien acotados de respeto a los derechos humanos y conforme a la ley.

Un Estado que capitula en el uso de la fuerza pública, cualquiera que sea el eslabón de la cadena de **impartición de justicia**, es un Estado con fallas serias y, en el límite, un Estado fallido. En esas circunstancias, quien somete a la sociedad es quien usa la fuerza bruta. La gente queda a merced de criminales y delincuentes.

3. El Estado es un **aparato de gobierno** con distintos estamentos y funciones. Es una enorme institución de instituciones, necesarias para cumplir funciones ejecutivas, legislativas, judiciales, administrativas en distintos niveles federal o central, estatal o regional, municipal o comunal.

Este enorme aparato puede hipertrofiarse y padecer esclerosis. Pensando sobre todo en México, Octavio Paz lo llamó “ogro filantrópico”: un monstruo que succiona la médula a la sociedad y le devuelve deshechos. Y la gente se harta del burocratismo.

Democracia exigida

1. Deber subsiguiente del Estado democrático es **garantizar los derechos civiles y los derechos políticos**. Derechos civiles básicos: de vida e integridad, de conciencia y libertad de palabra, de religión y culto, de asociación y movilidad, etc. Derechos políticos básicos: de igual dignidad y reconocimiento, de integración sin discriminación por género, etnia, salud, origen, cultura, religión; de participación política, etc.

El Estado no debe fallar en garantizar y proteger estos derechos. Un régimen democrático está al debe, si tolera el racismo, la misoginia, la xenofobia y otras plagas semejantes.

2. Otro deber del Estado es **garantizar los derechos económicos, sociales y culturales**: derecho a la salud, la educación, el trabajo, la seguridad social, la propia cultura, etc.

Una tara grave para garantizar estos derechos es la desigualdad en el ingreso, las condiciones de vida, el entorno vital. Garantizar estos derechos depende de la voluntad política y del nivel de desarrollo de la sociedad. Una sociedad pobre con recursos limitados no puede garantizar estos derechos tal como lo hace una sociedad rica y equitativa.

Acerca de estos derechos, se discute cómo debe ser su provisión, a quién corresponde: si al estado exclusivamente, o a la sociedad y al estado en provisión mixta, o al mercado por ser, dirían algunos, más eficiente.

La dificultad de llegar a acuerdos en este tema mengua la eficacia del régimen democrático. La gente se desespera cuando ve que los políticos se enredan en cuestiones teóricas y no responden a sus necesidades prácticas.



Democracia englobada

En el momento actual, la democracia en un país no es ajena a la democracia en otros países ni a las condiciones de un mundo globalizado en la era de la información (Manuel Castells). Basta considerar las mutaciones convergentes ocurridas en países muy diversos que han puesto bajo asedio la democracia y el influjo de las redes sociales en la política.

1 Hay **malestar con el orden neoliberal**. Discutir esta cuestión es entrar en una selva tupida y enredada de opiniones. Solo para aco-

tar el asunto, dos observaciones. En casi todos los países, el comercio mundial de las últimas décadas ha puesto al alcance de millones bienes y servicios de los que antes carecían. No todos, por supuesto, han tenido acceso a ellos. En casi todos los países, el mercado mundial ha producido a la vez grandes desigualdades o acentuado las que había.

Esto provoca malestar por dos motivos: uno, la **desigualdad** misma, saber que se está excluido de servicios esenciales de calidad en la salud, la educación, la seguridad social, el entorno vital. Otro motivo son las **expectativas insatisfechas** de progreso y bienestar que el crecimiento económico prometía, experimentar un estancamiento o una regresión en el trabajo, los ingresos, el bienestar, el disfrute de la vida.

2. Hay también en el orden económico mundial un **sesgo que favorece a las grandes empresas** internacionales, a las empresas de punta en tecnología y al capitalismo financiero.

Si bien las empresas de economías de escala y de tecnología avanzada son necesarias, lo mismo que los flujos de capital, la tendencia al **monopolio** y la **especulación financiera**, especialmente esta, provocan crisis mundiales como sucedió en 2008. El daño enorme que esto causa a las economías de los países, las familias y las personas despierta críticas severas al régimen económico vigente desde los años 80.

Hablar de economía neoliberal es decir varias cosas: etiquetar un modo de organización de la economía que tiene distintos aspectos y matices; identificar con ese tipo de organización a la economía de mercado; usar la palabra, no como un concepto para designar un tipo de economía, sino como un adjetivo para descalificar cierto tipo de desarrollo y a quienes lo propician.

Esta confusión de conceptos y calificaciones pasa a la opinión popular que adopta posiciones: a favor de X contra Y, y a favor de Y contra X. Esta boga de descalificaciones nubla y entorpece cualquier análisis sensato.

3. Hay a veces **retracción del Estado** injustificable en la regulación de la economía para evitar la especulación y los monopolios y, por otro lado, se exige **rectoría del Estado** en el campo

económico que se confunde con protagonismo estatal en el manejo de la economía. Se pasa así en un vaivén de monopolios particulares a monopolios estatales y al revés, lo cual afecta por igual a los consumidores.

4. Otro malestar más sutil es el **cambio de paradigma** de sociedades ancladas en la vertiente del trabajo y la producción a sociedades en la vertiente del disfrute y el consumo.

El pensamiento tradicional y la espiritualidad clásica ponen el énfasis en el trabajo. *Laborem exercens* es una encíclica de Juan Pablo II notable por su lucidez. Pero, ¿a qué mira el trabajo? ¿cuál es su propósito? Contribuye a la dignidad de la persona, la falta de trabajo deprime, el desempleo es una falla de la economía. Pero el trabajo mira a producir y obtener bienes y servicios suficientes, a fin de tener tiempo para descansar y disfrutarlos.

Este malestar anida en las costumbres y la cultura, y no ha sido procesado en la educación, la familia, la escuela, la religión. De *homo faber* pasamos a ser *homo sapiens*, y estamos ahora de vuelta al *homo febrilis* y el *homo exhaustus*. No es un mal de la democracia en sí, sino de la cultura en la que nos hallamos.

Democracia líquida

La metáfora de la liquidez aplicada a realidades sociales y culturales es característica de varios libros de Zygmunt Bauman (+ 2017), sociólogo polaco que emigró a Inglaterra. Alude a flexibilidad, inconsistencia, mutabilidad, ambigüedad, fragilidad, inestabilidad de condiciones de vida y conductas, formas de pensamiento y juicios, valoraciones y decisiones, compromisos y lealtades en la cultura actual.

Esta es la cultura la **satisfacción inmediata**. Zygmunt Bauman usa para designarla una consigna del lanzamiento de la tarjeta de crédito Access en el Reino Unido en los años 70: *Take the waiting out of wanting, Quitale al deseo la espera*. Esa exigencia de satisfacción inmediata se traslada a los bienes públicos que debe garantizar o proporcionar el Estado.

1. Hay un conjunto de bienes necesarios cuya provisión se exige, la cual se posterga indefinidamente, ya sea por trabas políticas o por la dificultad reformar el aparato del Estado para que

sea más eficiente. La sensación de **estancamiento y retroceso** forma parte de este malestar.

2. La pluralidad de formas de vida, pensamiento, cultura en estos tiempos de excesiva información y movimientos migratorios provoca en mucha gente sensación de **pérdida de identidad** y desamparo, temor a verse despojado de las propias raíces y ser absorbido por lo ajeno y extraño.

De ahí reacciones xenófobas, discriminación racial, hostilidad contra los inmigrantes, fundamentalismos nacionalistas y religiosos. Todo ello se mezcla con posturas políticas que se disputan el espacio público, al grado de asociar el uso o no de la mascarilla a la filiación política que se adopta. Tal cual.

2. Hay como **dos vías anchas de comunicación** con direcciones divergentes. Los **medios tradicionales** —prensa, radio, televisión— tienen sus nichos reconocidos; digámoslo con etiquetas consabidas: conservadores o liberales, izquierdas o derechas, mesurados o amarillistas, etc. Uno sabe a qué atenerse al atenderlos y sus gestores, por honradez profesional ante su público, se esfuerzan por publicar información sobre hechos verídicos, crónicas de hechos verídicos, opiniones acerca de hechos verídicos. El famoso periodista y editor inglés, C P Scott, que relanzó un periódico nacido en Manchester, *The Guardian*, dijo célebramente en esa ocasión (1921): «Los comentarios son libres, los hechos son sagrados».

La otra vía disyuntiva es el **mundo de las redes sociales** y de voceros gubernamentales que propagan noticias falsas y mentiras descaradas. A ese mundo se le asignó el 2016 la palabra «posverdad». En la posverdad se puede decir cualquier cosa prescindiendo de los hechos.

Esta situación concurre al desprestigio de la democracia. Se otorga fe ciega a bombardeos de tuits, ejércitos de bots, aluviones de troles, proliferación de conspiraciones, retahílas de insultos. Ello en nombre del descrédito a que se somete a los medios tradicionales. Se cambia la credibilidad justificada por las puras ganas de creer.

3. Ottone, citando a Inglehart, habla de la «era de los malos sentimientos», en la que **prevalecen las sensaciones y las emociones** por sobre la lucidez y la razón, se da crédito a teorías fantasmagóricas desvinculadas de los hechos, se adoptan posturas fanáticas y agresivas contra quienes apelan

al diálogo y el razonamiento. El Rabino Jonathan Sacks alertó en su momento acerca de la política de la rabia que influyó en el referéndum del Brexit. El hartazgo con una situación dada es con frecuencia motivo de decisiones cuyas consecuencias desastrosas no llegan a entretenerse.

Democracia sentida

Enumeraré una serie de factores que distorsionan la democracia o son anejos a su carácter falible, lo cual da lugar a percepciones distintas sobre su valor y eficacia, provoca afecto o desafecto. Estamos por ahora en tiempos de desafecto con la democracia en varios países. Bien dice Ernesto Ottone, la democracia está en la neblina, y quienes juzgan de ella también.

En esta enumeración no sé si están todos los factores o si están demás. Lo cierto es que, en mayor o menor medida, unos u otros vienen a ser causa, razón o motivo de satisfacción o insatisfacción con el régimen democrático. La variación corresponde a cada país, a cada grupo de personas, a cada quien en particular.

1. Esta variedad de **apreciaciones subjetivas**, con o sin referencia a hechos reales, con experiencias buenas o malas, en círculos de opinión homogéneos o heterogéneos, se refleja en las encuestas sobre la apreciación del régimen democrático.

Esta apreciación subjetiva depende en buena medida de la forma como cada quien se sitúa dentro de un régimen democrático y dentro de la polis. Hay toda una gama de actitudes: juicios y prejuicios, acciones y omisiones, actividad y pasividad, compromiso y comodidad, interés y dejadez, voluntad de cambio y hartazgo, esperanza y rabia, etc., etc. Ese es el retrato instantáneo que hacen las encuestas.

2. Esas son también las disposiciones subjetivas que inducen a tomar **tal o cual opción al votar**, que es el deber mínimo de quienes viven en la polis.

Los votos, y la suma de estos, son decisiones aleatorias, no forzadas, más o menos condicionadas, a la postre libres, que pueden dar por resultado sorpresas felices o desenlaces fatales. Hay que decirlo: el régimen democrático **no garantiza resultados buenos** en las elecciones; pueden ser buenos, regulares, malos o pésimos. Garantiza libertad para emitir el voto secreto.

Pero el tino o desatino de votar tal o cual opción depende de la deliberación personal y de la suma, aleatoria, de decisiones personales.

2. La **ciudadanía tiene su parte de responsabilidad** en la solidez o la fragilidad de la democracia, en su autenticidad o su distorsión. Hay una variedad de posturas con respecto a la política: de los políticos por vocación, convicción y profesión que militan en los partidos, hacen y deshacen por convicción, ideología o intereses, hasta la gente que participa, se preocupa por informarse, dialoga, cumple sus deberes cívicos, o es indiferente, omisa, desentendida, vive a costa de lo que hacen los demás o lo padece sin mover un dedo.

Democracia fundida

Puede producirse, entonces, un cortocircuito que funde todo el sistema democrático, a no ser que haya resistencias y fusibles muy potentes. Un apagón de este tamaño se produjo recientemente para espectáculo mundial en un país de sólidas tradiciones democráticas.

¿Por qué se funde la democracia? Por una **combinación nefasta** de tres niveles de factores.

1. Un orden de factores son las **expectativas de la ciudadanía**, sea de mejoramiento de la democracia y de buen gobierno, o bien de hartazgo, rabia, arrebatos, ansia de transformar de una vez por todas una democracia de pacotilla.

Obviamente, todo el mundo tiene derecho y libertad de pensar, decir y optar por lo que quiera en materia de ideas, compromisos y decisiones políticas, eso no está en cuestión. Es obvio también que por hartazgo, enojo, precipitación, falta de juicio, expectativas ilusorias, la ciudadanía (una parte de ella) puede elegir gobernantes y representantes ineptos, autoritarios, corruptos, etc.

2. Otro orden de factores son los **liderazgos políticos**, los partidos, las organizaciones sociales, culturales, religiosas. Si se da el caso de que este orden de factores sea cooptado por demagogos, por partidos y organizaciones que claudican en su responsabilidad en la buena conducción de los asuntos públicos, y si la ciudadanía da su visto bueno o tolera este estado de cosas, se puede dar por hecho que la democracia se verá seriamente amenazada. Son los ejemplos que Levitsky y Ziblatt muestran en su estudio.

3. El tercer orden de factores son **las instituciones del Estado** democrático, que tienen fragilidades y no bastan para resistir la acometida de líderes, movimientos y ciudadanía antidemocráticos o marcados por una polarización extrema.

4. La combinación de estos niveles de factores: descontento popular + embuste populista + claudicación de responsabilidades, resulta en un **cortocircuito que funde la democracia**.

A la vista de quien quiera verlo, en los días que corren tenemos gobiernos y movimientos

populistas, debilitamiento, distorsión y cooptación de instituciones y órganos autónomos del régimen democrático, polarización ideológica y política que envuelve a la ciudadanía, credulidad otorgada a mentiras, noticias falsas, teorías de la conspiración. En suma, un deterioro no solo de la política y los políticos, del Estado de derecho y la democracia, sino también de las condiciones básicas de la vida cívica. ¿Qué hacer ante esta situación? En el siguiente apartado se publican unas opiniones.



¿QUÉ HACER PARA FORTALECER LA DEMOCRACIA?

Norberto Bobbio trató a mediados de los años 80 de las **promesas incumplidas de la democracia**. Se puede actualizarlas así: ¿tiene algún peso el voto de un ciudadano? ¿procuran en verdad los políticos el bien común? ¿han quedado desplazadas la élites? ¿se ha salvado el hiato entre ciudadanía y aparato político? ¿ha vencido la transparencia a la opacidad en los asuntos públicos? ¿hay una ciudadanía más lúcida y participativa en estos días que corren?

Esta parte del boletín trata de la sexta promesa incumplida que inquietaba a Bobbio: ¿qué responsabilidad corresponde a la ciudadanía ante amenazas contra el régimen democrático y frente a hechos patentes que lo están socavando en varias partes del mundo? ¿se ocupará la ciudadanía de hacerse cargo de esta situación?

La democracia es una invención frágil de carácter social, político, cultural, que requiere cuidado permanente. Ese cuidado no debe quedar solo en manos de los gobiernos, los políticos, los partidos. La ciudadanía tiene una responsabilidad que no se limita votar cuando lo requiere el calendario electoral. Estas son unas opiniones de estudiosos y comentaristas tomadas al azar de la lectura de libros y periódicos.

Levitsky y Ziblatt, en los párrafos citados del último capítulo de su libro, **Cómo salvar la democracia**, advierten tres cosas:

+ Es preciso formar coaliciones, hacer pactos, concertar acciones entre actores políticos

que muestren lealtad a la democracia y estén dispuestos a defenderla.

+ Hay que hacerse cargo, y de ser posible superar, la polarización política y la polarización de la ciudadanía, acometiendo las causas económicas, sociales, políticas, étnicas, culturales y religiosas que la alimentan.



+ Convencerse de que la vigencia de la democracia depende no solo de los políticos, sino también de una ciudadanía que se hace cargo de las condiciones de su propia convivencia en la polis.

Timothy Snyder, historiador estadounidense, en una entrevista publicada en el diario *La Tercera*, respondió unas preguntas sobre el estado de la democracia en su país que tienen incidencia en otras latitudes. Señala el **efecto pernicioso de las redes sociales** que alientan las emociones, polarizan a la sociedad y distorsionan la información; la **fragilidad del régimen democrático** que requiere participación activa de la ciudadanía para defenderlo; la necesidad de **cuidar las instituciones**, no dar por supuesto que estas nos cuidan.

«Creo que uno de los problemas fundamentales de los estadounidenses —y pienso que esta es una señal de alerta para las democracias alrededor del mundo— es que perdimos las noticias locales, que fueron reemplazadas por las redes sociales, por Facebook, y esto hace imposible la democracia... Porque las personas ya no conocen los hechos importantes sobre los sucesos relevantes, los que de verdad afectan sus vidas, y son atraídos hacia un mundo de paranoia, de “ellos” y “nosotros”, de teorías conspirativas...

«Una de las causas de esto, como mencioné, son las redes sociales, porque favorecen las emociones por sobre los hechos, polarizan a las personas, porque les enseñan que lo que ellos piensan es siempre lo correcto, y entonces piensan que las otras ideas deben ser no de sus compatriotas o conciudadanos, sino de algún tipo de enemigo.

«Pero quisiera enfatizar que la democracia siempre ha sido difícil. No es el estado natural de las cosas, es un valor por el que las personas deben luchar. Uno de los problemas, al menos en el hemisferio occidental, es que las personas dicen que después de la caída del comunismo, la democracia es el estado natural. Pero no lo es. Es algo que debes querer, que debes valorar, por lo que debes tomar riesgos.

«La democracia depende de que haya gente dispuesta a decir: espera, nuestra libertad está en riesgo, o algo parece extraño aquí. Porque la deriva general me temo que será hacia la conformidad, hacia la obediencia, hacia la tiranía.

«Tendemos a pensar que las instituciones están ahí para protegernos, pero realmente somos nosotros los que debemos protegerlas. Ellas son lo que está entre nosotros y el Estado, y pueden trabajar a favor nuestro o en nuestra contra. Pero la única forma de que sea de la primera manera es queelijamos aquellas que pensamos pueden trabajar por nosotros, y comprometernos en ellas, y eso implica a las organizaciones del gobierno, pero también las privadas, de la sociedad civil, como los

gremios o los diarios. Es importante entender que parte de ser un individuo en una democracia es que debes formar parte de la sociedad civil, no esperar que la sociedad civil te proteja. Solo te protegerá a ti, si tú lo hace primero».

[*La Tercera Tendencias*, 28.11.2020 p. 7-8

Ascanio Cavallo, reconocido periodista chileno, trata en una columna reciente de la fragilidad, si no quebranto, de esas normas no escritas que Levitsky y Ziblatt mencionan: **tolerancia mutua y contención institucional**, considerar al adversario político como contendiente legítimo y morigerarse para no derrotarlo a toda costa.

«Lo único que la mejora [a la política], parece, es la calidad de sus protagonistas, su nivel intelectual, su racionalidad, su inteligencia autocrítica. Cuando la política no es argumento, es porque se ha convertido en otra cosa.

«Lo que se ha quebrado por segunda vez en Chile es lo que durante buena parte del siglo XX se llamó el Estado de Compromiso, es decir, un acuerdo mínimo acerca de la manera en que el país progresa (la “estrategia de desarrollo”), acompañado por la conciencia de que a veces el poder se pierde y, por tanto, la oposición no se puede ejercer con la voluntad constante de derrocar al otro. La primera vez que se quebró el Estado de Compromiso fue en los años 70. El final fue el golpe de Estado.

«Esta segunda ruptura no ocurrió el 18-O (el profesor José Luis Cea exhibe su agudeza histórica cuando dice “no estar seguro todavía” de lo que significó esa fecha) ni en un momento preciso: ha sido un proceso cuyas raíces se pueden hallar, tal vez, en las ansiedades que rodearon a la primera derrota de la Concertación, el 2010, y el temor neurótico de la derecha de que no se le permitiera gobernar».

[“En la quebrada del ají”, *La Tercera Reportajes*, 21.2.2021, p.10]

deQuólibet: siguiente edición

Virtudes del buen gobierno según Los Clásicos
Isaiah Berlin: Acerca del juicio político
Y más sobre el populismo con Nadia Urbinati